

DIONISIO BOROBIO

CELEBRAR PARA VIVIR

Liturgia y sacramentos de la Iglesia

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2003

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2003
C/ García Tejado 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tel. (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563
e-mail: ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1509-9
Depósito legal: S.1516-2003
Fotocomposición Rico Adrados S.L., Burgos
Impreso en España / UE
Imprime: Gráficas Varona S.A.
Polígono El Montalvo, Salamanca 2003

CONTENIDO

<i>Introducción</i>	11
---------------------------	----

PRIMERA PARTE

LA LITURGIA, MISTERIO Y VIDA

1. ¿Qué es celebración litúrgica?	17
2. Liturgia, corporeidad, ritualidad	27
3. La liturgia, «obra de la Trinidad»	37
4. La liturgia, «obra de la Iglesia»	47
5. La liturgia, «obra de la asamblea celebrante»	57
6. Liturgia y tiempo litúrgico.....	67
7. Liturgia y espacio litúrgico.....	79
8. Liturgia y piedad popular	89
9. Evangelización, catequesis y liturgia	101
10. Dimensión social comprometente de la liturgia y los sacramentos	111

SEGUNDA PARTE

LOS SACRAMENTOS DE LA IGLESIA

I. ¿QUE ES UN SACRAMENTO?	123
1. Sacramento y sacramentos	125
2. El sacramento es una celebración	137
3. Donde Dios nos ofrece su gracia. Dimensión cristológica .	149
4. ...Y el hombre responde en la fe. Dimensión antropológica	159
5. Por la mediación de la Iglesia. Dimensión eclesiológica ...	169
6. ...A través de un signo concreto. Dimensión simbólica	177

II.	EL SACRAMENTO DEL BAUTISMO.....	187
1.	El bautismo, necesidad antropológica y acontecimiento salvífico	189
2.	El gran don del bautismo: significado teológico	199
3.	La praxis bautismal de la Iglesia: los dos bautismos	209
4.	Bautismo e iniciación cristiana: el futuro del bautismo ..	221
5.	Celebración del bautismo: símbolos bautismales	231
III.	EL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACIÓN	241
1.	Origen y vicisitudes del sacramento de la confirmación ..	243
2.	La confirmación, un nuevo pentecostés: Aspectos teológicos	253
3.	La confirmación, nacimiento a la identidad cristiana	261
4.	Preparación a la confirmación. Catecumenado preconfirmatorio	269
5.	Celebración y símbolos del sacramento de la confirmación	279
IV.	EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA	287
1.	Ritos introductorios: formación de la asamblea	289
2.	Liturgia de la Palabra: anuncio de la salvación	301
3.	Liturgia eucarística: presentación de ofrendas o los símbolos de un misterio	317
4.	Liturgia eucarística: plegaria de acción de gracias o realización del misterio	327
5.	La eucaristía, banquete, sacrificio y presencia	341
6.	Liturgia eucarística: la comunión en el misterio	355
7.	Ritos de despedida: renovación de la vida	365
V.	EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA	375
1.	Reconciliación y reconciliaciones	377
2.	¿Que es el pecado? Pecado y sacramento de la penitencia .	385
3.	Las formas históricas de la penitencia	397
4.	El sacramento de la penitencia, encuentro de reconciliación	409
5.	Las diversas formas de reconciliación penitencial	423
VI.	EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO	445
1.	El matrimonio, una realidad humana	447
2.	El matrimonio, sacramento cristiano	457
3.	El matrimonio, misterio de salvación y de amor	467

4. Los compromisos cristianos del matrimonio: indisolubilidad	475
5. Preparación y celebración del sacramento del matrimonio	483
VII. LOS MINISTERIOS ECLESIALES. EL SACRAMENTO DEL ORDEN	495
1. Ministerios y comunidad eclesial	497
2. El ayer y el hoy de los ministerios eclesiales	509
3. El ministerio ordenado: identidad del presbítero	521
4. Los servicios y ministerios laicales	533
5. Ministerios al servicio de la iglesia y del mundo	543
VIII. EL SACRAMENTO DE LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS	553
1. Jesús y la Iglesia ante la enfermedad	555
2. La enfermedad, una situación para un sacramento	565
3. La unción signo de salvación y solidaridad	575
4. Acciones y gestos de la Iglesia respecto a los enfermos .	587
5. ¿Cuándo y cómo celebrar el sacramento de la unción? .	599
<i>Bibliografía selecta en castellano</i>	611
<i>Índice general</i>	619

PRIMERA PARTE
LA LITURGIA, MISTERIO Y VIDA

¿Qué es celebración litúrgica?

1. *Encuentro con la vida*

Cuando en el lenguaje común oímos hablar de «liturgia», con frecuencia entendemos que se trata de un acto público ritualizado o sometido a unas normas precisas, v.gr., liturgia de los juegos olímpicos, de las elecciones democráticas, de una manifestación... Y si se trata de la «liturgia» de la Iglesia, también nuestra atención se dirige sobre todo a la acción ritual que comporta. Pero el rito, siendo uno de los elementos centrales de la liturgia, no lo es todo. Dentro o a través de una acción litúrgica se encuentra el misterio y la vida, detrás del aparecer se encuentra el ser, en el significante o formas externas se manifiesta el contenido y el sentido interno. Y no se puede separar una cosa de la otra. Cuando se hace así, se cae fácilmente en el ritualismo o exterioridad formalista, o bien en el interiorismo o subjetividad pietista.

Y la «liturgia de la Iglesia» es mucho más. Es la «obra» por excelencia de Dios, sin dejar de ser la acción más profundamente humana. Es el ámbito más significativo del encuentro y el diálogo entre Dios y el hombre, en y por la comunidad. Es el medio donde mejor se manifiesta la comunicación entre lo divino y lo humano, entre el cielo y la tierra, entre Dios, la humanidad entera y la realidad creada. Es, en fin, ese «lugar» donde el creyente siente y experimenta que si Dios se alegra del hombre, también el hombre debe alegrarse de Dios, viviendo así el gozo de una fiesta única y original.

Se dice que el hombre actual, condicionado como está por el trabajo, el ritmo acelerado, el afán de tener y consumir..., ha perdido en parte su capacidad de celebrar y festejar, porque ha perdido la capacidad de contemplar y simbolizar, de gozar con gratuidad y de comunicar sin interés. Sin embargo, creemos que, aunque

cambien las formas y los ritmos, las actitudes y actividades, el hombre sigue celebrando y festejando. Nadie puede vivir sin celebrar, de la misma manera que nadie puede celebrar sin vivir. La cuestión es si, entre sus formas de celebración, cuenta también la «celebración litúrgica», si goza de esa celebración, porque participa en ella y vive su misterio desde la fe.

2. *Profundización en el sentido*

a) *La liturgia como culto existencial*

La palabra «culto» (del latín *cultus*, *colere*: honrar, venerar) expresa la relación del hombre con Dios, desde un reconocimiento de su grandeza, su poder y su misterio, y con actitud de reverencia, adoración o humilde entrega por parte del hombre. Esta relación se manifiesta en actitud interna (reconocimiento interior), pero también en actos externos (ritos, ofrendas y sacrificios diversos), y sobre todo en el comportamiento existencial de la vida (justicia y derecho, solidaridad con los pobres, verdad y perdón). La tentación del hombre religioso ha consistido siempre, como se muestra en la Escritura, en pretender «contentar» a Dios con ritos y cultos externos, sin incidencia en la conducta de vida, en la existencia cotidiana. De ahí las denuncias de los profetas (Dt 10, 12-13; Is 1, 10-20; 58, 10-11; Am 5, 21-24...), y del mismo Jesús contra la absolutización de la ley del sábado, o del culto en el templo, o de la exterioridad de las prácticas de purificación, de ayuno, de limosna y oración (Mc 2, 8-28 y par; Jn 2, 13-22; Mt 21, 12-13; 12, 10-12; Lc 6, 7-9; Mt 5). Jesús no rechaza el culto, pero se distancia críticamente de algunas prácticas culturales. Lo que él quiere es un verdadero culto «en Espíritu y en verdad» (Jn 4, 20-24), que se basa en su actitud cultural o de ofrenda de la vida entera entregada por los demás, en la obediencia a la voluntad del Padre, y en la dinámica del mismo Espíritu. La novedad del culto que Cristo proclama se resume en estos aspectos:

- «Espiritualización», en cuanto que se trata de un culto «en el Espíritu» (Jn 4, 20-24).
- «Interiorización», en cuanto que su centro radica en la actitud interior (Mc 2, 13-18).

- «Centralización en el amor», donde se resume la ley y los profetas (Mc 12, 28-34; Mt 22, 39-40; Lc 10, 25-28).
- «Existencialización», en cuanto que se manifiesta en el servicio diario y en el amor permanente (Mc 10, 41-44; Mt 20, 24-28).
- Y en una palabra «cristologización», en cuanto que él es el modelo y mediador cultural, el verdadero y único sacerdote (Rom 10, 9-13; Heb 5).

Esta «cristologización» o nuevo sentido del culto desde Cristo es lo que se prolonga en la comunidad primitiva, y lo que se manifiesta en la misma utilización del término «leitourgia». El término procede del griego (*laos*=pueblo, y *ergon*=obra) y significa, de forma general, «obra del pueblo» u «obra para el pueblo». En el Nuevo Testamento «leitourgia» se usa, bien para indicar el culto sacerdotal y levítico (Lc 1, 23; Heb 8, 2.6; 9, 21), bien para referirse al ministerio de la predicación o evangelización (Rom 15, 16; Flp 2, 17), bien para referirse al mismo acto de culto (Hch 13, 2). Es sobre todo san Pablo el que utiliza el término para indicar la actividad evangelizadora y caritativa (colectas) de la comunidad cristiana. Aunque a lo largo de la historia la expresión «liturgia» se utilizó para designar sobre todo la acción ritual, con la renovación litúrgica se ha interpretado como el culto público que el «Cristo total», cabeza y miembros, tributa al Padre (*Mediator Dei*, 29. Cf. *Sacrosanctum Concilium*, 7). Y hoy se tiende a explicar «liturgia» en su doble movimiento: como obra de Dios para la santificación del pueblo o Iglesia (servicio de Dios al hombre), y como obra del pueblo o Iglesia para alabanza a Dios (servicio del hombre a Dios). «Más que toda distinción entre el clero y los laicos, el término ‘liturgia’ expresa que la obra de Dios para los muchos afecta a todos (dimensión descendente), y que el encuentro de los hombres con Dios en la alabanza, la acción de gracias, la oración y la súplica (dimensión ascendente) es asunto de todos» (M. Kunzler).

b) *La liturgia como diálogo y comunicación*

El diálogo de Dios con el hombre se inicia en la creación, tiene su punto culminante en Cristo y se continúa en la liturgia y los sacramentos. Se trata de un diálogo que tiene su iniciativa en Dios mismo, que encuentra su referente en Cristo desde la encarnación

hasta la ascensión, y que se prolonga de modo eclesial significativo en la liturgia. Así lo ha reconocido la *Sacrosanctum Concilium*, 7: «Realmente, en esta obra tan grande, por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por él tributa culto al Padre eterno. Con razón, entonces, se considera la liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo místico de Cristo, es decir, la cabeza y sus miembros, ejercen el culto público íntegro». La liturgia supone, pues, un verdadero diálogo de comunicación o encuentro dialogal entre Dios y el hombre por la mediación de la Iglesia, por el que Cristo mismo continúa ejerciendo su sacerdocio mediador, para alabanza del Padre y santificación del hombre (cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, 1153).

Ahora bien, este como todo diálogo supone la comunicación. Como es bien sabido, la comunicación, desde un punto de vista técnico elemental implica estos elementos: 1) El emisor o comunicador que puede ser una persona o un grupo de personas. 2) El receptor o destinatario del mensaje, que puede ser muy diverso y debe estar en condiciones de interpretarlo. 3) La señal o el *medium* por el que se transmite el mensaje salvando las distancias entre emisor y receptor. 4) El mensaje mismo o contenido de la comunicación que se quiere transmitir. 5) Y el código o sistema de señales estructuradas que permiten comprender el mensaje, descodificar las señales por parte del receptor.

Aplicado a la liturgia, hay que decir que todos estos elementos se realizan de modo original y propio, por el misterio y contenido que implican:

– El emisor es ciertamente el hombre(s) visible, pero en realidad es el Dios invisible quien emite y del que parte la iniciativa de comunicación.

– El receptor es también el hombre(s) o el grupo, pero en este caso es la comunidad creyente, y por ella la misma la Iglesia y el mundo.

– La señal o el *medium* es también el hombre(s) a través de medios auditivos (palabras, cantos, música, oraciones) y medios visuales (gestos, ritos, signos y símbolos, imágenes y arte, espacios, estructuras funcionales [ambón, sede, sagrario...]), e incluso con

otros medios sensoriales (tacto, colores, olores, sabores). Pero se trata de medios cargados de sentido sagrado, de significado divino-humano, de historia de salvación.

– El mensaje o contenido es la clave de la originalidad de la comunicación litúrgica, porque en ella se contiene el misterio de salvación invisible e inefable, porque en ella es Dios mismo el que se transmite.

– Y en cuanto al código o sistema de señales, no se trata de códigos técnicos, sino de códigos revelados, ni se trata de sistemas automáticos, sino de actitud de fe, ni tiene por objetivo la simple información o formación, sino la conversión, la acogida agradecida, la salvación que se hace vida.

c) La liturgia como celebración festiva

Este diálogo de comunicación original y único se caracteriza también porque supone un encuentro festivo y gozoso, en el que Dios manifiesta la alegría de compartir y comunicar su vida, y el hombre se alegra gozosamente de ser así amado por Dios, y de poder compartir este amor con los demás en la fe. El sentido festivo, la fiesta, el tiempo libre dedicado a holgar y disfrutar, es un elemento integrante de la vida humana, y también de la vida religiosa. En todas las religiones han existido días festivos dedicados a honrar a la divinidad. El pueblo de Israel ordenaba diversas fiestas en honor de Yahvé (Sabbat, Pascua, fiesta de los Ázimos, Tabernáculos, Reconciliación). Y la comunidad cristiana continuó celebrando fiestas y solemnidades en honor del Dios de Jesucristo, y en referencia fundamental al misterio de Cristo (Día del Señor, Pascua, Pentecostés, Nacimiento del Señor...). La celebración de estas fiestas, centradas en su aspecto religioso, fue siempre también un momento de descanso, de alegría, de liberación, de comunicación y relación especial. Pero, llegados al momento de la industrialización y urbanización (finales del siglo XIX-XX), del trabajo continuado que supone la ruptura del ritmo día-noche, del agobio por la esclavitud del horario, por la producción y el consumo, unido a la reivindicación social de un tiempo de descanso (fin de semana) con frecuencia independiente del domingo, los cambios en la celebración festiva, y sobre todo desde un punto de vista religioso, han sido muy grandes.

Por un lado, el domingo ha dejado de ser «controlado» por la Iglesia y el tiempo festivo ha adquirido otros ritmos. Por otro lado, debido a la reacción ante un mundo y una sociedad centrada en lo técnico y racional, en lo laborioso y productivo, en la aceleración y falta de tiempo, se reclama de la misma Iglesia la recuperación del sentido festivo y gozoso de sus celebraciones, la superación de formalismos estáticos, de fríos ritualismos. De ahí que se insista en la necesidad de destacar en la liturgia aquellos elementos que constituyen la esencia de la fiesta, como son:

– La referencia a un «tiempo nuevo», que más allá de las esclavitudes de lo cotidiano y cronológico, permita la unión con ese tiempo primordial e incondicionado, con ese referente salvador que sólo se sitúa en Dios, que afirma la bondad radical de las cosas, que permite soñar y esperar en otro futuro.

– La afirmación de un sentido de vida, que superando las oscuridades del acontecer diario (*chronos*), hace memoria del acontecimiento salvador que se celebra (*kairós*: Cristo), renueva el ideal de vida, y lo impulsa hacia una nueva realización.

– El juego o la acción ritual, como medio por el que el hombre creyente expresa su fe y su libertad, sus sentimientos y aspiraciones más hondas, ese «plus» de sentido que las mismas palabras no logran manifestar. La fiesta litúrgica también debe ofrecer al creyente la posibilidad de expresarse por la palabra y el rito, los signos y símbolos, por la danza y el canto, por el juego y el divertimento.

– La libertad y espontaneidad, que hace posible el que se supere la cerrazón de la norma, la esclavitud del ritmo, el formalismo impuesto, dando lugar a espacios de crítica y denuncia de lo injusto o insano, a la vez que de creatividad constructiva, de espontaneidad liberadora. La liturgia, en su antes o en su después, también ofrece esta posibilidad.

– La renovación de los lazos comunitarios, que implica la convocatoria y preparación de la fiesta, la nueva relación que se establece entre los participantes, al compartir el rito y la acción, sin discriminaciones o diferencias, poniendo cada uno lo que mejor sabe para alegría de todos. Una verdadera liturgia festiva supone siempre una auténtica participación comunitaria, una renovación de la comunidad.

– La gratuidad y gratitud por la vida, por los dones que la vida nos aporta, por el don de los demás, y en especial por el don del

mismo Dios. No se va a la fiesta litúrgica para «ganar tiempo», aunque es el tiempo mejor ganado. No se participa en el rito festivo porque sea algo útil-pragmático, sino porque es algo in-útil, gratuito y libre. No se está con los demás en la fiesta para aprovecharse de ellos u obtener una ganancia por ellos, sino para compartir graciosamente lo que hemos recibido gratis. Sólo entonces la fiesta es liberación que rompe los moldes del comportamiento cotidiano, convirtiéndose en verdadera «gracia» para el que así participa.

– La exuberancia y hasta el «exceso», que se manifiesta en el aspecto personal externo (vestidos, adornos...), y sobre todo en la ordenación y el adorno del mismo lugar y de los diversos elementos de la fiesta (manteles, flores, estandartes, cruces, objetos litúrgicos), así como en las acciones extraordinarias que allí se desenvuelven (procesiones, música, cantos, danzas, representaciones, adornos de calles y plazas...). Es cierto que este sentido festivo no siempre se manifiesta de la misma manera. Pero siempre debe manifestarse de algún modo.

3. Aplicación a la celebración y la vida

a) Para que el diálogo y la comunicación sean reales

Todo cuanto hemos dicho del diálogo y la comunicación debe posibilitarse a través de los medios de que se dispone en la celebración litúrgica. Es cierto que el diálogo y comunicación con Dios de cada persona es siempre misterioso e intransferible. Pero, sobre todo en cuanto es celebración comunitaria, se requiere que se pongan los medios externos para una realización adecuada. Los principales medios son las personas que desempeñan un servicio o ministerio, y en especial el que preside la celebración: su talante litúrgico, su capacidad de transmitir y comunicar con los demás y con el misterio, su acción comedida y armoniosa, su dicción y audición, su capacidad mistagógica (remitir al significado o misterio desde los signos y símbolos), la ordenación adecuada de todos los medios técnicos que mejoran todo esto (cuando es posible)... Todo ello contribuirá de modo notable a que el diálogo pueda realizarse y esté lleno de sentido.

b) *No se improvisa la fiesta*

La fiesta litúrgica, como toda fiesta, requiere una preparación esmerada de todos los elementos que entran en la misma. En primer lugar, es necesario que estén preparados los «animadores» de la fiesta, tomando conciencia de que una de sus finalidades es hacer posible que la comunidad participe con ánimo gozoso, con talante de fiesta. En especial habrá que prestar especial atención a la música y el canto que alegran la fiesta, que expresan el sentimiento y la participación gozosa. En segundo lugar, es preciso preparar los símbolos y elementos que destacan el carácter festivo de la misma celebración, como pueden ser: los adornos del altar, del ambón y del presbiterio (flores, manteles, cirios), de otros lugares de la misma iglesia, según fiestas, posibilidades y tradiciones o costumbres. Tiene gran importancia la incorporación de elementos culturales, sobre todo en momentos en que es posible: ofrendas, entrada, despedida... Es evidente, sin embargo, que no toda celebración litúrgica puede implicar estos elementos de fiesta. Se puede distinguir entre: 1) Reunión celebrativa: como puede ser la celebración diaria de la eucaristía. 2) La celebración festiva: los días de domingo, que implica poner en acción muchos de los elementos festivos señalados. 3) La solemnidad festiva: en las fiestas principales del año litúrgico, patronales..., que suponen cierta exuberancia de elementos de fiesta.

4. *Puntos para el estudio y la revisión*

a) ¿Tienen un verdadero carácter festivo nuestras celebraciones? Medios que propondrías para recuperarlo.

b) Lee el texto de 1 Cor 14, 26-40. Comenta con los demás, si es posible, aquello que te sugiere el texto sobre el diálogo en la asamblea.

c) Qué te sugiere este texto del *Catecismo de la Iglesia católica*, 1153: «Toda celebración sacramental es un encuentro de los hijos de Dios con su Padre, en Cristo y en el Espíritu santo, y este encuentro se expresa como un diálogo a través de acciones y de palabras. Ciertamente, las acciones simbólicas son ya un lenguaje, pero es preciso que la palabra de Dios y la respuesta de fe acompañen y vivifiquen estas acciones, a fin de que la semilla del Rei-

no dé su fruto en la tierra buena. Las acciones litúrgicas significan lo que expresa la palabra de Dios: a la vez la iniciativa gratuita de Dios y la respuesta de fe de su pueblo».

5. *Oración y meditación*

a) La liturgia comienza con el uso que damos a las cosas creadas:

Despierta, oh hombre, y reconoce la dignidad de tu naturaleza. Recuerda que fuiste hecho a imagen de Dios; esta imagen que fue destruida en Adán, ha sido restaurada en Cristo. Haz uso como conviene de las criaturas visibles, como usas de la tierra, del mar, del cielo, del aire, de las fuentes y de los ríos; y todo lo que hay en ellas de hermoso y digno de admiración, conviértelo en motivo de alabanza y gloria del Creador... Las cosas buenas que ha hecho el Dios bueno no significan un obstáculo para vuestra fe. Lo que pretendemos es que uséis de un modo racional y moderado de todas las criaturas y de toda la belleza de este mundo (De los *Sermones* de san León Magno: Sermón 7 en la Natividad del Señor, 2, 6).

b) También celebramos la eucaristía, agradeciendo a Dios los dones de la creación:

Te decimos: «Gracias», por todo lo que nos has dado:
por la luz del sol, las estrellas y la luna,
las flores y los árboles,
los pájaros del cielo,
todos los animales de la tierra,
los peces de los mares y los ríos,
las ciudades y los pueblos,
la casa en la que vivimos
y todo lo que nos alegra.

(Misal romano: *Plegaria para niños de primera comunión*)